

Anforas y salazones

M.^a Pilar GONZÁLEZ SERRANO

Mucho se ha escrito y mucho se ha de escribir, aún, sobre las ánforas romanas desde que Dressel¹ publicó, a fines del siglo pasado, la primera y todavía insuperada tabla tipológica de estas modestas y, sin embargo, elocuentes vasijas. Intimamente relacionadas con el desenvolvimiento comercial y económico del mundo romano han logrado, al fin, la atención de que eran merecedoras. No obstante, es justo reconocer que su salto al primer plano de la actualidad deben agradecerlo, en buena parte, a la sugestiva y meritoria labor realizada por la Arqueología submarina en estos últimos años.

El rescate de cargamentos enteros de ánforas, que yacían en las profundidades del mar, logró despertar el interés (y, desgraciadamente, la avidez en muchos casos) del gran público que empezó, así, a ocuparse de estos recipientes y a ser lector asiduo de cuantos trabajos se vienen publicando sobre los mismos². Poco a poco, y esto es en definitiva lo importante, el estudio detallado de sus tipos y, sobre todo, de sus marcas y rótulos ha proporcionado una serie de valiosos datos que han venido a enriquecer los conocimientos que teníamos sobre el comercio en la antigüedad.

Cuando en 1964 presenté mi Tesis Doctoral bajo el título de «Tipología de las ánforas romanas en España»³, eran, aún, escasos los trabajos publicados sobre este tema en nuestra Patria y la mayor dificultad que encontré fue, precisamente, la dispersión de la bibliografía

¹ H. Dressel, *CIL*, XV, 2.^a

² Momento es de testimoniar mi agradecimiento al Sr. Pascual Guasch por la amabilidad con que respondió a cuantas consultas le hice sobre sus hallazgos y publicaciones.

³ Tesis dirigida por el Doctor don Antonio García y Bellido, quien no sólo me prestó su asesoramiento, sino también un rico material de trabajo recogido por él, sobre dicho tema.

oportuna. Por esta razón, fue mi intento reunir, por vez primera y de modo sistemático, todas las publicaciones, tablas tipológicas, marcas, etc., conocidas hasta el momento y ofrecer, al mismo tiempo, una colección de ánforas estudiadas, personalmente, en los diversos museos del Levante y Mediodía españoles.

Por razones particulares, que no vienen al caso, y pese al interés que el Sr. García y Bellido tuvo siempre en la publicación de mi Tesis, no llegó a entrar en prensa⁴. Trabajos posteriores como los de Zevi⁵, Tchernia⁶, Callender⁷, etc., y, sobre todo, el reciente libro de Beltrán⁸, han superado, con mucho, mi modesta labor de pionera y a ellos debemos el esclarecimiento de los múltiples problemas planteados por estos envases, objeto de nuestra atención.

En esta ocasión, vuelvo sobre el tema para tratar de sintetizar algunos de los tipos anfóricos que por el interés que tienen para el estudio de la economía hispana, sobre todo en época imperial, son merecedores de una especial consideración. Me refiero a las ánforas para salazones.

Vieja tradición tiene en nuestro suelo la industria conservera y numerosas son las citas conocidas, tanto en el mundo griego como en el romano⁹, que hacen alusión a la calidad y solera de nuestros condimentos: garum, muria y liquamina en general. Fenicios primero y cartagineses después, enseñaron a los pueblos ibéricos las técnicas de salazón de pescado en las que pronto llegaron a ser maestros, sobre todo en tierras del Mediodía, región en que la experiencia y pericia marineras de sus hombres se remontaba a la época tartésica¹⁰.

Con Cádiz a la cabeza, famosas fueron en la costa mediterránea y atlántica de nuestra Península los centros pesqueros y conserveros de Ibiza, Jávea, Calpe, Tossal de Manises, Santa Pola, Cartagena (Carthago Nova), Villaricos (Baria), Adra (Abdera), Almuñécar (Sexi), Torrox, Málaga, Torremolinos, San Pedro de Alcántara, Carteia, Me-

⁴ Excepción hecha del obligado extracto para la obtención del título correspondiente.

⁵ F. Zevi, «Appunti delle Anfore romane, la tavola tipologica de Dressel», *Arch. Clas.*, 1966, pp. 208-247.

⁶ A. Tchernia, «Amphores et marques d'amphores de Betique à Pompei et à Stabies», *Melanges d'Arch. et Hist.*, 76, 1964, p. 419 y ss.; *idem*; «Recherches sousmarines», *Gallia*, 27, p. 483 yss.

⁷ M. H. Callender, *Roman Amphore*, Oxford University Press; New York, Toronto, 1965.

⁸ M. Beltrán, *Anforas romanas en España*, Zaragoza, 1970. He de hacer constar que he sentido vivamente que el Profesor Beltrán no haga en su libro mención de mi Tesis, pues, a pesar de no haber sido publicada, tuve el gusto de ponerla a su disposición y consulta.

⁹ A. García y Bellido, *Historia de España*, I, 2, p. 380 y ss.; J. M. Blázquez, «Economía de Hispania», *Rev. Univ. Madrid*, XX, núm. 78, p. 106 y ss.; M. Beltrán, *op. cit.*, p. 595 y ss.; M. Ponsich y M. Tarradell, *Garum et industries antiquae de salaison dans la Méditerranée Occidentale*, París, 1965.

¹⁰ A. García y Bellido, *Historia de España*, p. 291 y ss.

llaria, Bolonia, Barbate, Cerro del Trigo, Sanlúcar de Barrameda. Ya en la costa del Algarve: Cecella, Praia de Quarteira, Pera de Armação, Portimao, Vao, Senhora da Luz, Boccadoiro; y Lixus, Azzila, Kouass, Tahadart, Cotta, Sahara, Alcazarsegher, Sama, en la costa de Mauritania (fig. 1). Todos ellos estudiados y datados a partir de la época de Augusto (a juzgar por los restos arqueológicos), pero de origen púnico como nos consta por las fuentes históricas ¹¹.

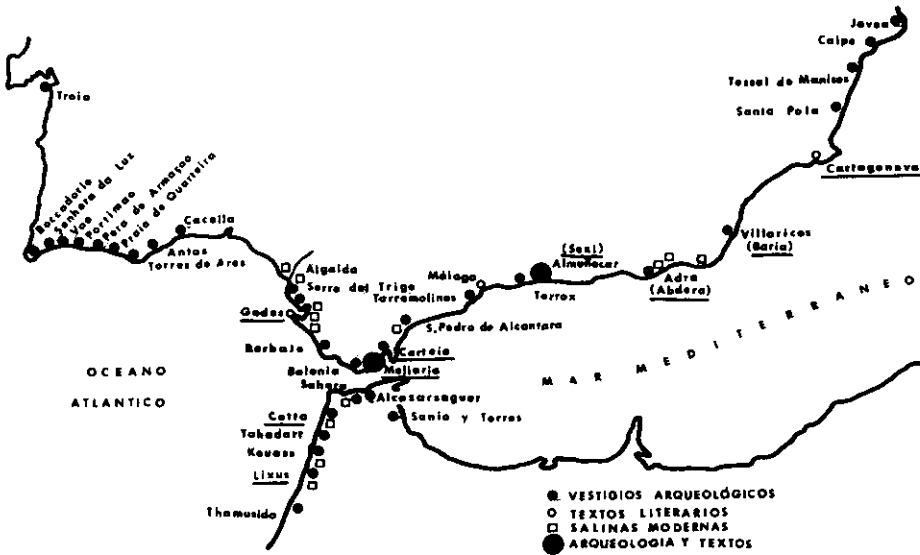


FIG. 1.—Antiguas fábricas de salazón en el Estrecho (Ponsich-Tarradell).

Aunque, como ya quedó dicho, las conservas hispanas fueron famosas desde tiempos muy antiguos, fue en la época romana cuando alcanzaron su momento de mayor consumo. La fabricación de salazones se industrializa y las exportaciones de estos productos se convierten en puntal base de nuestra economía a partir del cambio de Era, manteniéndose, a ritmo intenso, a lo largo de los siglos I y II d. C. Se construyen fábricas, funcionan alfares especializados y una actividad desbordante se inicia al socaire de dicha industria. Las ánforas halladas en distintos puntos del Mediterráneo Occidental, Gallia, Germania, Mauritania e, incluso, Britania, son claro testimonio de estas exportaciones a gran escala, perfectamente organizadas, en manos de

¹¹ Sexi (Str. 3, 4, 2; Marc. 7, 78); Mellaria (Str. 3, 3, 16); Málaga (Str. 3, 4, 2); Carthago Nova (Str. 3, 4, 6; Plin. NH 32, 146); etc.

la iniciativa privada que encuentra libre campo de acción durante los dos primeros siglos imperiales.

Las marcas que en ellas aparecen nos han dado a conocer las firmas de importantes «mercatores» (los Atinii, los Caecili, Baebius, etc.) que supieron crear sociedades y empresas que, en muchos casos, pervivieron durante dos o tres generaciones¹².

Conocido es también el caso del famoso *garum sociorum* citado por Plinio¹³, procedente de Carthago Spartaria y que nos habla ya no sólo de firmas nominativas o familiares, más o menos fuertes, sino de auténticas y complejas sociedades anónimas¹⁴.

Después del siglo II d. C. y más concretamente después de la gran crisis económica que se plantea en el siglo III, las ánforas de salazones no aparecen sino de forma esporádica. Las exportaciones de aceite vendrán a ocupar su puesto casi con carácter exclusivo. El caso es, que no se vuelven a tener noticias de nuevas elaboraciones de salazones hasta época muy tardía. Y lo curioso es que, entonces, los centros productores radicarán en las costas catalanas y del sur de Francia.

Esta noticia, que se la debemos a Ausonio¹⁵, nos pone en contacto con una industria de cortos vuelos encaminada, principalmente, a satisfacer el consumo local¹⁶. Relacionada con la misma se encuentran determinados tipos anfóricos a los que aludiremos más adelante.

Todos los puntos que acabamos de tocar están sobradamente estudiados hoy en día, y mínimas son las diferencias de criterio. Sin embargo, por lo que respecta a los diferentes tipos de ánforas que contuvieron estos productos, estimo conveniente hacer una breve síntesis que ayude a perfilar, de modo escueto, las principales variantes conocidas.

Incluidas en la tabla de Dressel con los números 6 al 17 (aún habría que añadir la núm. 38 y la núm. 41, y probablemente también la núm. 18, núm. 21 y núm. 22) nos encontramos, como sucede siempre que utilizamos dicha clasificación, con que todos los tipos que en la actualidad conocemos se ven reflejados en ella (fig. 2). En primer lugar por el hecho de que en dicha tabla se recogen tan sólo tipos hallados en el Testaccio y en el Castro Pretorio (fechaables todos ellos desde la República hasta mediados del siglo I de la Era) y, en segundo lugar, porque no pasan de ser siluetas muy simples lejos, lógicamente, de las cuidadas y sistematizadas exposiciones que iniciaron, creando escuela, investigadores como Benoit, Lamboglia, etc.

¹² J. M.^a Blázquez, *op. cit.*, p. 107 y ss.

¹³ Plinio, *NH*, 31, 94.

¹⁴ R. Etienne, «A propos du "Garum Sociorum"», *Latomus*, 29, 1970, p. 197 y ss.

¹⁵ Ausonio, *Epistolae*, 21.

¹⁶ V. Pascual Guasch, *Cris*, núm. 52, 1963, p. 7.

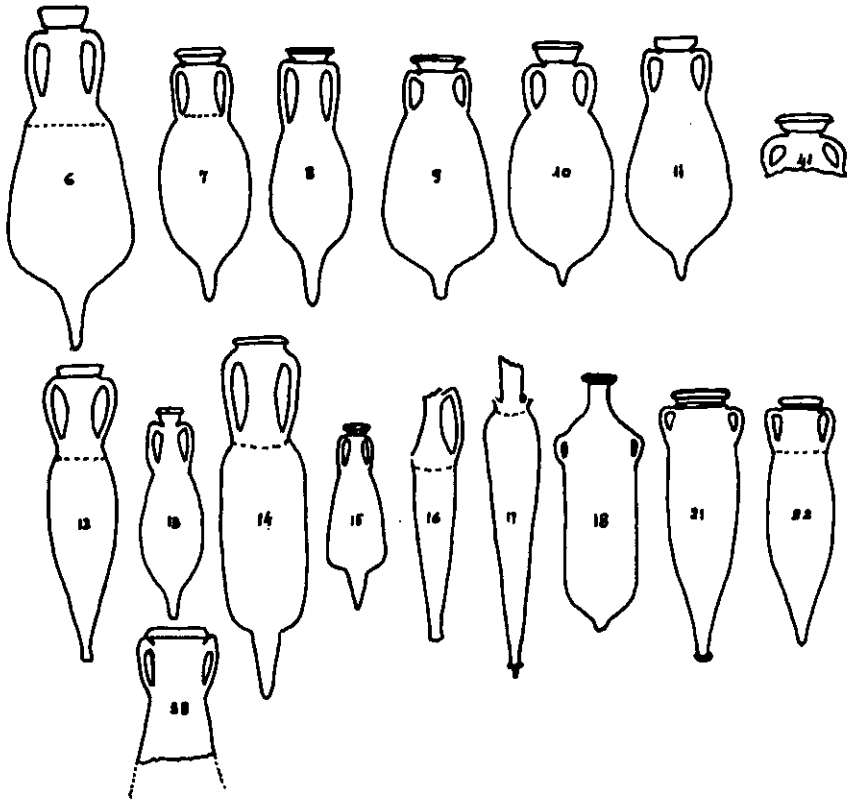


FIG. 2.—Anforas para salazones. Dressel, C.I.L., XV.

Sin embargo, debe hacerse constar que los sencillos trazos de Dressel no están, de ningún modo, en desacuerdo con la realidad. Es decir, que no cabe la menor duda de que cada tipo reflejado en su tabla con un número distinto, a pesar de su aparente proximidad con el vecino, está intencionadamente diferenciado y respaldado por un envase concreto que sirvió de modelo.

Por otro lado, al estudiar las ánforas debe tenerse muy en cuenta el hecho de que son un producto artesano y como tal, aun aceptando la unidad manifiesta que presentan determinados modelos, resulta casi imposible llegar a una rigurosa sistematización. La infinidad de variantes dentro de un mismo tipo en función de la desigualdad de los golletes, asas, puntas, panzas, etc., es tal que justifica el escepticismo de Callender y el desánimo de cuantos nos hemos aventurado a profundizar en el tema.

Debe tenerse presente la libertad de ejecución propia no ya sólo de cada alfar, sino también de la mano de cada alfarero. Si a esto añadimos la circunstancia de que muchas ánforas, después de cumplido su cometido primordial, fueron utilizadas en multitud de usos dispares que prolongaron, de modo caprichoso, su vida media, comprenderemos lo difícil que es llegar a dar fechas exactas siempre que las marcas o estampillas no nos auxilien, o cuando la uniformidad de un lote de estas vasijas (en cuanto a forma, arcilla, etc., se refiere), acompañado de objetos fácilmente fechables y contemporáneos nos proporcione una datación indiscutible. De ahí se sigue la importancia de los yacimientos científicamente excavados y el estudio de estratos arqueológicos bien definidos.

Así pues, si como queda dicho la tabla de Dressel, a la cual todos nos referimos como obligado lugar común, peca de limitada e incompleta, también es cierto que con la creación de nuevos tipos y subtipos corremos el peligro de convertir en dedálica la tarea de sacrificar la maraña tejida sobre el particular a quien, en un momento dado, se vea en la precisión de catalogar una pieza concreta. Por esta razón, creo conveniente, respetando por supuesto cuantos trabajos especializados y necesarios surjan sobre el tema, ofrecer un modelaje de tipos de manera clara y sencilla. Así, con respecto a las ánforas de salazones seguiré el criterio que mantuve en mi Tesis y que estimo puede ser de utilidad¹⁷.

Como ya dijimos, partiendo de la tabla de Dressel se consideran, de modo unánime, ánforas destinadas a contener salazones las comprendidas entre los números 6 al 17, aunque con respecto a los dos últimos tipos (16 y 17) existen, aún, ciertas reservas. Deben añadirse, además, la núm. 41 (generalmente asociada a las formas 7, 8, 9, 10 y 11) y la núm. 38 ya de época posterior (fig. 2).

Todos estos tipos, según la cronología dada por Lamboglia a la tabla de Dressel¹⁸ y excepción hecha de los citados números 16 y 17, algo más tardíos (fines del siglo II o comienzos del siglo III d. C.) y la núm. 38 (siglo III d. C.), conviven, de modo general, durante los siglos I y II de la Era. Tienen como característica común una masividad de formas que no se advertía en los tipos vinarios y las notables diferencias que existen entre unos y otros vienen dadas, principalmente, por la configuración de sus panzas. Arrancando de esta primera y evidente desigualdad pueden hacerse tres grandes grupos tipológicos:

¹⁷ Completísimo el estudio que de las mismas hace Beltrán, *op. cit.*, p. 381 y ss., y al cual remito para evitar la profusión de citas y notas en cuanto a cronología, contenido, difusión, etc., se refiere.

¹⁸ N. Lamboglia, *R.S.L.*, XXI, pp. 241-270.

Grupo A: Anforas de panza fusiforme.

Grupo B: Anforas de panza ovoide.

Grupo C: Anforas de panza piriforme.

La amplitud de variantes dentro de cada tipo, como ya advertimos, alcanza una gama inmensa. Difícil es encontrar un ánfora igual a otra. Ahora bien, lo que sí es posible es fijar el patrón tipo dominante en cada serie. Este será nuestro objetivo aunque para ello descuidemos en esta ocasión, y en aras de la claridad, otros aspectos no menos interesantes (marcas, alfares de procedencia, difusión, etc.) y cuyo estudio nos ha permitido, en definitiva, llegar a las actuales conclusiones.

Grupo A. ANFORAS DE PANZA FUSIFORME

Aparecen en la clasificación de Dressel con los números 12 y 13¹⁹. Comenzamos con ellas nuestra enumeración porque, indiscutiblemente (al menos la núm. 12), son las que más cerca están de los modelos vinarios en los que tomaron inspiración y de los cuales se diferencian, a grandes rasgos, por la anchura de la boca. Conservan aún la armonía de formas y proporciones propias de las ánforas que le sirvieron de patrón y su origen parece ser itálico.

Sin dudas acerca de su contenido, nos ponen en contacto con el hecho curioso de que en el siglo I a. C., como lo ha demostrado la Arqueología submarina y al menos por lo que se refiere a la costa catalana y provenzal, existió una considerable importación de conservas itálicas que competían con éxito, en aquellos momentos, con las más próximas y nacionales del Sur y Levante de España²⁰, todavía en los comienzos de su lanzamiento comercial.

Estas ánforas se encuentran ya presentes en el pecio llamado del Titan, en Provenza, junto con una cerámica campaniense y otros objetos que permiten fechar la nave en la segunda mitad del siglo I a. C.²¹.

Son ánforas que oscilan entre los 0,90 y 1,00 metros de altura (en casos sobrepasan en algunos centímetros al metro), el cuello, ancho y alargado se detiene en arista antes de dar paso a la esbelta panza en el punto de unión de las asas con la misma. El labio, en forma de gruesa banda, suele ser de perfil sencillo; las asas, con un nervio cen-

¹⁹ Beltrán relaciona a este último modelo con su forma II C, *op. cit.*, pp. 445-446.

²⁰ V. Pascual Guasch, *Cris*, 1963, núm. 56, p. 7.

²¹ F. Benoit, *Gallia*, XIV, pp. 23-24.

tral y la punta, maciza, puede ser afilada o plana según los casos. Las principales diferencias del tipo vienen dadas en función del diámetro del cuello, tanto más corto cuanto más ancho.

Beltrán las clasifica bajo su Forma III correspondientes a las ánforas imperiales españolas²², haciendo un estudio de las variantes aparecidas en nuestro suelo y, sobre todo, las halladas en el depósito del Ebro, fechable en la primera mitad del siglo I de la Era, y que considera evoluciones inmediatas de los ejemplares del pecio del Titán.

Lo que no parece discutible es que estos tipos, si llegaron a fabricarse en nuestro suelo, son derivados de los modelos itálicos y, en ningún caso, corresponden a variantes típicamente hispanas como sucede con las que estudiaremos a continuación. Su cronología abarcaría desde mediados del siglo I a. C., hasta bien cumplido el siglo I d. C.

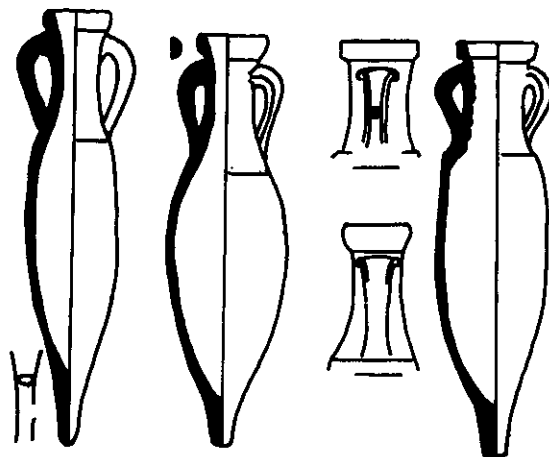


FIG. 3.—Ánforas del pecio Titan (Benoit).

Reproducimos aquí las ánforas del Pecio Titán (fig. 3) así como tres ánforas del Museo de Zaragoza (sobrepasando las tres en escasos centímetros el metro de altura) por considerarlas de gran interés para la fijación del tipo en sus rasgos generales (fig. 4)²³.

Cabría incluir en este grupo de ánforas de panza fusiforme algunos ejemplares relacionados, lejanamente, con el tipo núm. 48 de Pélichet

²² M. Beltrán, *op. cit.*, p. 448 y ss.

²³ Dibujadas por mí, al igual que otras que aparecen en este artículo, en 1964, a escala 1:10.

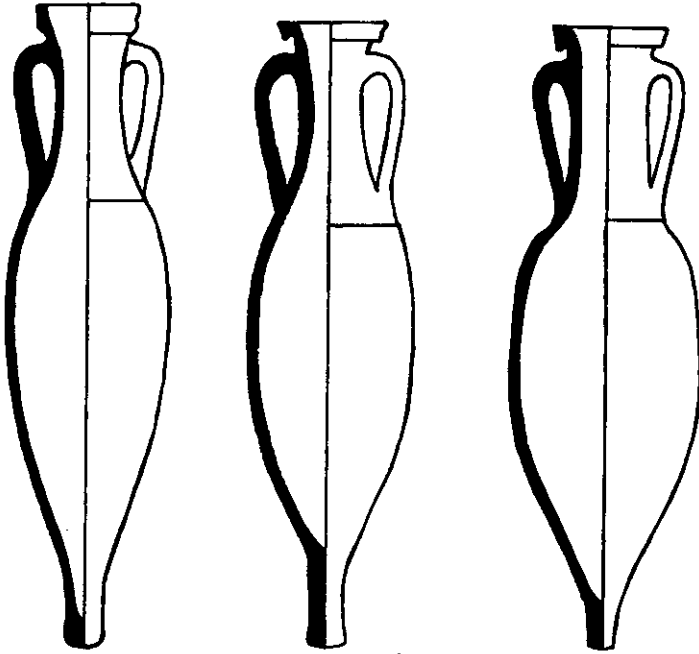


FIG. 4.—Anforas del Museo de Zaragoza (G. Serrano).

(fig. 5) y para el cual no aventura fecha fija por carecer de boca. Este ejemplar aparecido en Nyon medía 1,30 m. de altura²⁴. Beltrán las estudia bajo su forma VI²⁵. Son ánforas de silueta muy estilizada y



FIG. 5.—Tipo núm. 48 de Pélichet.

²⁴ Pélichet, «A propos des amphores romaines trouvées à Nyon», *Zerts-Chrift für Schweizerische Archäologie und Kungstgeschichte*, VIII, 1946, p. 198 y ss.

²⁵ M. Beltrán, *op. cit.*, p. 493 y ss.

cuya altura varía entre los 0,87 y 1,00 m. Su etapa de desarrollo parece coincidir con el siglo I d. C., puesto que dicha fecha se ha dado al alfar de Puente Carranque (Málaga), donde apareció un ánfora de tales características y similar a otra existente en el Museo de Cádiz (fig. 6,a). Tal vez sea un modelo de origen bético, pero aún no son suficientes los datos que se tienen a mano para aventurar conjeturas.

Algo parecido sucede con los discutidos tipos Dressel 16 y 17. Muy aproximado a la idea que sobre el último de los dos tenemos es el reproducido por Beltrán como procedente de Almería (Gandolfo). Son modelos sumamente finos y alargados que pueden alcanzar hasta el 1,27 m. de altura (fig. 6,b).

Parece ser que estos tipos llegan hasta el siglo II d. C., pero como en el caso anterior, aún son muchos los problemas que plantean en cuanto a su origen y contenido.

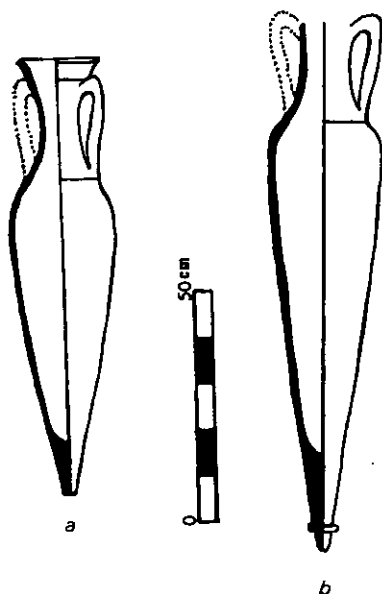


FIG. 6.—a) *Ánfora de Cádiz*; b) *Ánfora de Almería (Gandolfo)* (según Beltrán).

Grupo B. ANFORAS DE PANZA OVOIDE

Con estas ánforas correspondientes, en principio, a las formas 7 y 10 de la tabla de Dressel (cabría incluir también la núm. 41) nos enfrentamos con los tipos más complejos de la serie, porque es en este grupo donde las variantes pueden considerarse infinitas. Hasta el

presente ha prevalecido el criterio de reunir en un sólo apartado los modelos que van del núm. 7 al núm. 11²⁶ y aunque hay que reconocer que todos ellos están emparentados en función de su contenido y cronología, creo de sumo provecho el ir diferenciándolos a fin de fijar, sobre todo, los tipos núm. 9 y núm. 11 que todavía están por determinar de modo convincente.

Algunas formas muy próximas entre sí, como sucede con las números 7 y 8, aún diferenciadas *ex profeso* por Dressel, plantean también problemas, pues en la realidad resulta difícil precisar cuándo un ejemplar pertenece a uno u a otro tipo.

Estas ánforas de panza ovoide, cuello corto, labio liso o moldurado y, en general, caracterizadas por sus formas masivas, hacen su aparición en la época de Augusto²⁷ manteniéndose, sin grandes variaciones, en los cincuenta años siguientes. Hacia la época de Claudio-Nerón²⁸ parece apreciarse una notable estilización de formas, aunque hay que advertir que tanto los tipos más voluminosos como los más esbeltos conviven, de hecho, a lo largo de todo el siglo I d. C., alcanzando ampliamente el siglo II²⁹.

La altura de estas ánforas oscila alrededor del metro y los diámetros de sus panzas son de lo más variados en cuanto a dimensiones se refiere.

Muy difundidas por todo el mundo romano (Italia, Gallia, Mauritania, etc.) y presentes en todo el territorio español, representan de modo claro los envases hispanos para la exportación de salazones³⁰. Sin embargo, según Benoit también existen ejemplares procedentes de Italia, tales como los hallados en el litoral de Saint Gervais, bocas del Ródano, en la isla de Planier y Pecio del Titán³¹. Tal vez entre los modelos de panzas más redondas pueda darse esta circunstancia. No debe olvidarse que al acreditarse nuestras salazones, desde comienzos del siglo I d. C., debieron seguirse serios perjuicios en la industria conservera itálica y es muy posible que, como apunta Grénier³², se dieran falsificaciones bajo el nombre de nuestros afamados productos. No sería oficioso suponer que se copiara también la morfología de los envases.

²⁶ Loeschke reúne las formas 7-11, añadiendo la núm. 14; Lamboglia sigue el mismo criterio de reunir los núms. 7-11, añadiendo la núm. 41; Callender, en su forma 7, abarca los núms. 7-9; Zevi propone asociar las formas 7-11 y 12-13; Beltrán agrupa bajo su forma I los tipos del 7-11.

²⁷ Haltern, Oberaden, Lorenzberg, Vindonissa, Castro Pretorio, etc.

²⁸ Camulodunum, Colchester, etc.

²⁹ Caerlon (130-160 de la Era); Sarnelly (Montpellier, Herault) forma 10 con materiales de Tiberio a Trajano (14-117); Ostia (bajo pavimento de época antonina).

³⁰ M. Beltrán, *op. cit.*, p. 388 y ss.

³¹ F. Benoit, *Gallia*, XIV, pp. 23-24; *Gallia*, XX, p. 158 y ss.

³² A. Grénier, *Man. Arch. Gal. Rom.*, II, París, 1934, pp. 601-633.

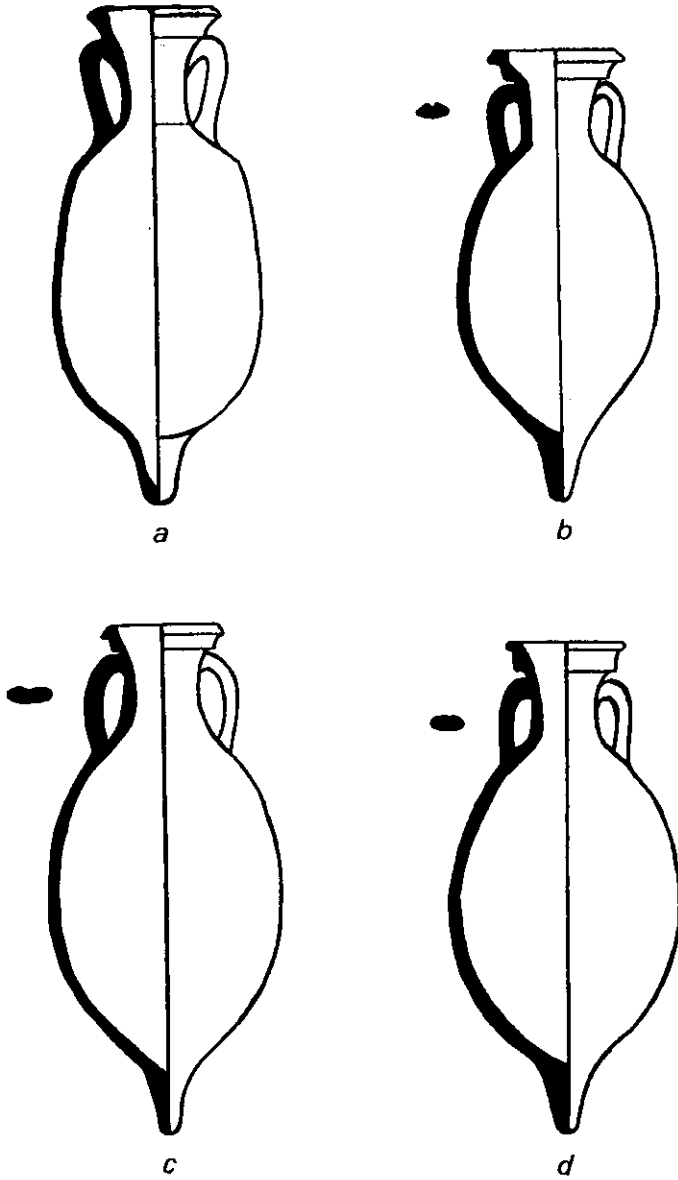


FIG. 7.—a) Museo de Granada (G. Serrano); b), c), d) Museo de Barcelona (Pascual Guach).

Como ilustración sobre estas formas Dressel n.º 7 y n.º10, reproducimos algunos ejemplares que por sus características, resultan exponentes típicos (fig. 7) y pueden fijarse como patrón-modelo para la serie. La primera procede de Almuñécar (Museo de Granada) y mide 0,82 m., de altura. Las tres siguientes proceden de Ampurias (Museo de Barcelona) y mide 0,75 m., 0,95 m. y 0,82 m., respectivamente.

Grupo C. ANFORAS DE PLAZA PIRIFORME

Paralelas en su origen, cronología y contenido con las del grupo anterior, difieren tipológicamente por la curva que trazan sus panzas, notablemente bulbosas en su parte inferior y rematadas, en la mayoría de los casos, por largos y voluminosos pivotes basales.

Aparecen representadas en la tabla de Dressel con los núms. 6, 8, 9, 11, 14 y 15 (fig. 2). A este grupo hay que añadir la forma núm. 46 de Pélichet (fig. 8) que, aunque también muy esquemática, nos pone en

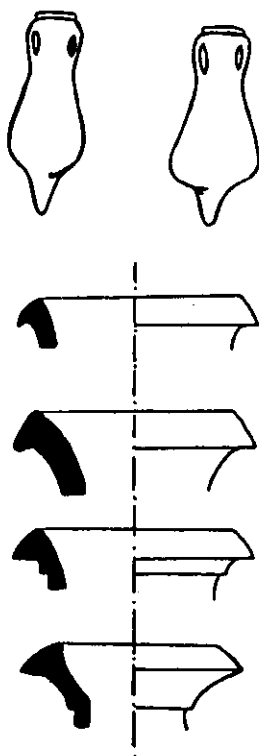


FIG. 8.—Forma núm. 46 de Pélichet y perfiles de sus bocas.

relación con modelos típicamente hispanos. Pélichet relacionaba este nuevo tipo con los núms. 6 y 14 de Dressel, en función de su semejanza morfológica, haciéndole precedente del núm. 38 ya de época posterior.

Haciendo excepción de la forma Dressel 6, el resto de las ánforas comprendidas en este grupo son claro testimonio de lo que fueron nuestros envases para salazón, y su lugar de procedencia debe buscarse en los alfares béticos y de la región levantina.

Las variantes, como siempre, serán muchas, pero se aprecia una unidad innegable en la serie. Presentan en la configuración de sus panzas una masividad y un volumen que, en mi opinión, evocan algunos de los modelos púnicos conocidos, en los cuales no sería de extrañar hubieran tomado inspiración³³. Así sería posible que estas ánforas hispanas de época romana estuvieran, al igual que la industria a la que sirvieron, viviendo del recuerdo y de la tradición de tiempos anteriores.

Examinando uno a uno los tipos que se comprenden en este apartado, diremos que la Dressel 6 es un ánfora cuya evolución aún no resulta clara. Morfológicamente parece ser que debe emparentarse con

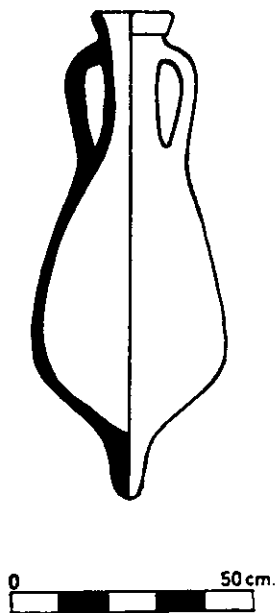


FIG. 9.—Ánfora del Agora de Atenas (Beltrán).

³³ J. Maña, «Sobre la tipología de la ánforas púnicas», *Congreso de Arqueología del Sudeste*, Alcoy, 1950, p. 204; G. Bellido, *Historia de España*, p. 489, fig. 444.

el tipo Lamboglia 2 y que su cuna de origen hay que buscarla en la Italia del Norte. Quizás el ejemplar que más se ajuste a la idea que tenemos de este ánfora sea el aparecido en el Agora de Atenas (fig. 9). Su fecha puede fijarse desde el siglo I a. C., al siglo II d. C. Dispare los rótulos que nos hablan de su contenido (vino, aceite, liquamina) nos enfrentan con la enorme expansión que tuvieron los productos de la Historia ³⁴.

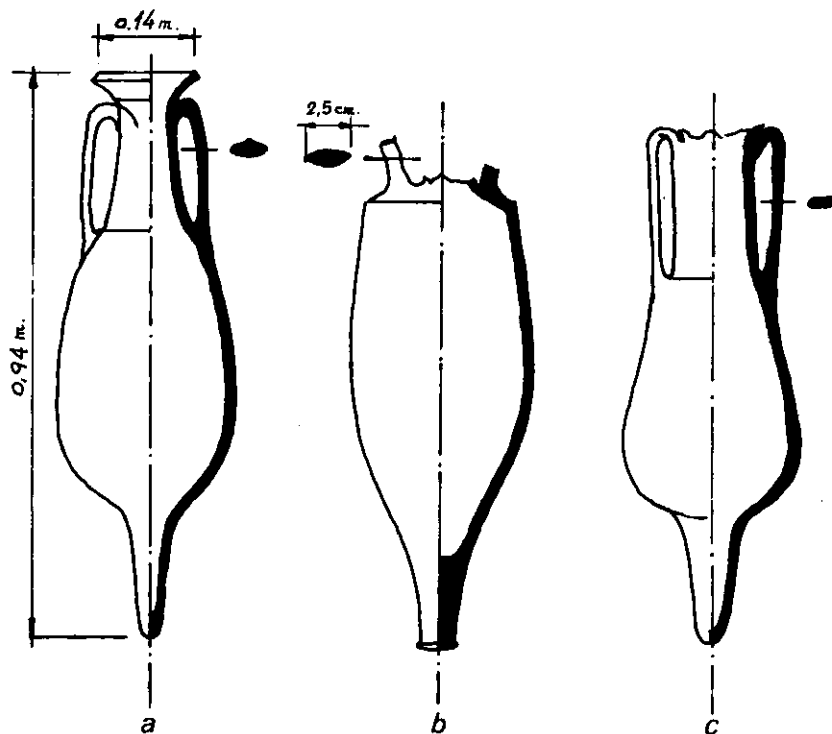


FIG. 10.—Anforas del Museo de Cádiz. (García y Bellido).

La forma Dressel 8 es, como ya dijimos, semejante y, a veces, de difícil distinción con la núm. 7. Muy difundida por toda Andalucía, concretamente en torno a Cádiz ³⁵, presenta unas características muy definidas (fig. 10a). Su altura oscila entre los 0,90 y 1,00 m., la panza

³⁴ M. Beltrán, *op. cit.*, p. 381 y ss.

³⁵ Las ánforas de la fig. 10 fueron fotografiadas y dibujadas por el Sr. G. Bellido, quien me las cedió para su estudio en 1968. Están en el Museo de Cádiz. Cfr. Beltrán, p. 429, fig. 2, y p. 401, fig. 57.

se ensancha, aún suavemente, en su parte inferior para terminar en grueso y largo pivote. El cuello es troncocónico, la boca rematada por una abierta banda, generalmente moldurada, y las asas son casi paralelas al cuello después de haber descrito una cerrada curva en su arranque. La separación entre el cuello y la panza está claramente delimitada. Su permanencia en el mercado está certificada durante los dos primeros siglos de la Era.

Problemático resulta también fijar, de modo definitivo, las formas 9 y 11, ambas de configuración semejante. Son tipos muy panzudos, casi en forma de peonza, asas cortas y boca con ancho reborde (a veces moldurado). Pueden verse reflejados en los ejemplares que reproducimos en la fig. 11 (*a* y *b*). El primero se encuentra en el Museo de Albacete³⁶, le falta la punta y la parte conservada mide 0,85 m. El segundo se encuentra en el Museo de Granada³⁷ y la parte conservada mide 0,89 m. de altura.

Quedan, por último, los tipos relacionados con la ya citada forma núm. 46 de Pélichet y que Beltrán ha agrupado bajo su forma II³⁸. Son ánforas de formas sólidas y de anchos cuellos que se abren directamente³⁹ o con ligera carena⁴⁰ a la panza bulbosa que se estrecha, de modo brusco, buscando el largo y grueso pivote de paredes cónicas que la remata. Las asas son de sección aplastada y arrancan pegadas al estrecho labio con el que, a veces, forma cuerpo. Su altura ronda el 1,00 m. en la mayoría de los casos. Hacen su aparición en la época de Augusto⁴¹ y llegan a alcanzar datas severianas (fig. 11c y d; fig. 10c).

El tipo sufre ciertos cambios en la época Julio-Claudia. Las formas se hacen más estilizadas y se aprecia una tendencia general a suprimir toda diferenciación entre el cuello y la panza. En el siglo II una lógica evolución, dará un ánfora de aspecto inconfundible⁴²: el cuello se abrirá hacia la boca en forma de corola, rematándose por un labio de sección muy inclinada y, hacia abajo, sin hombros, dará lugar a una panza abultada a partir de su tercio inferior. Las asas formarán un codo de sección oval, ensanchándose en su parte alta para pegarse al labio. Su altura llega a alcanzar el 1,15 m. (fig. 11e).

³⁶ Anfora núm. 157 del Catálogo del Museo. Pescada en el mar. Aparece cubierta de concreciones marinas.

³⁷ Número 229 de registro de entrada. Procede de Atarfe.

³⁸ M. Beltrán, *op. cit.*, p. 420 y ss.

³⁹ F. Benoit, *Gallia*, XX, p. 155, fig. 17, ánfora de la isla Planier; Pascual Guasch, *Zephrus*, XI, 1960, ánfora del Pecio Gandolfo (Cfr. Beltrán), *op. cit.*, p. 431, fig. 171).

⁴⁰ V. Pascual Guasch, *Cris*, 1963, núm. 52, p. 6, f. 2, ánfora de Cala Culip.

⁴¹ Anforas de Maguncia, *Westd. Zeits.*, XX, 1901, lám. 17, p. 344.

⁴² Anfora de Marchena, C. F. Chicarro, *Mem. Museos Prov*, XIV, 1953, p. 52; *AEspA*, 26, 1953, 2.º sem., p. 440.

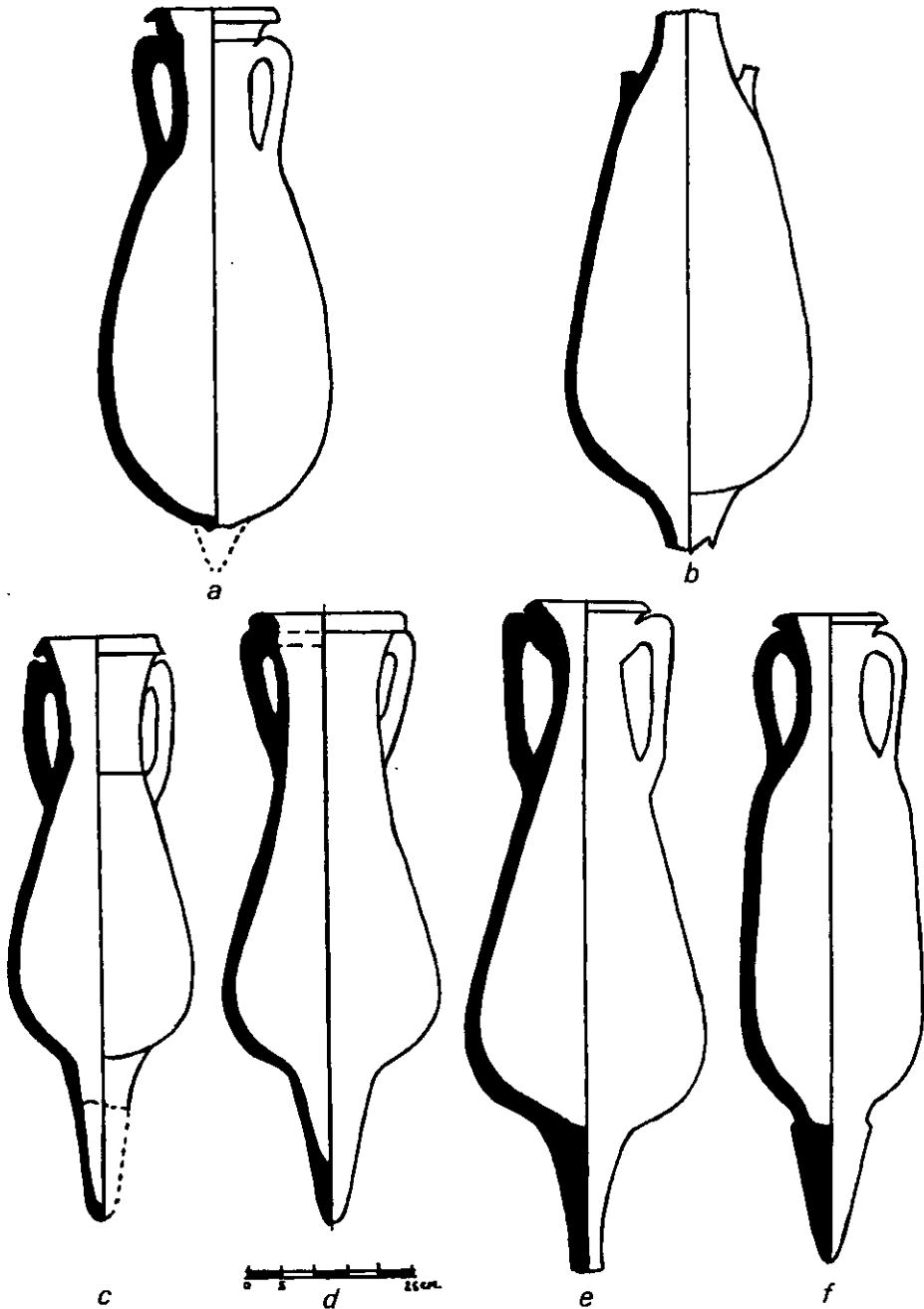


FIG. 11.—a) Museo de Albacete (G. Serrano); b) Museo de Granada (G. Serrano); c) Cala Culip (P. Guasch); d) Isla Planier (Benoit); e) Museo parroquial de Ecija (G. Serrano); f) Museo de Sevilla (G. Serrano).

Muy difundidas, como todas las de esta serie, por el mundo romano y aguas mediterráneas⁴³ se encuentran, en abundancia, en la Bética y en torno a Cartagena (isla de Escombreras)⁴⁴.

Contemporáneas también, son las ánforas cuya representación se encuentra en la tabla de Dressel con el núm. 14 y que Beltrán estudia en su forma IV⁴⁵. En este caso la característica del tipo viene dada por una panza alargada y cilíndrica de paredes prácticamente paralelas. Alcanza el 1,00 m. de altura y su presencia es muy frecuente en aguas andaluzas, en especial en torno a Almería (fig. 11f, fig. 10b)⁴⁶.

Queda un tanto en el aire la forma 15 de Dressel, que quizás pueda relacionarse con los ejemplares de menor tamaño correspondientes al modelo quinto de nuestra fig. 11.

OTRAS ÁNFORAS DE SALAZÓN

Por último, queremos mencionar algunos tipos de ánforas, separados totalmente del grupo que acabamos de ver, y que al parecer sirvieron también como envases de salazón⁴⁷. Nos referimos a los números 18, 21 y 22 de Dressler y Almagro núm. 50⁴⁸.

La primera (fig. 12a) estrechamente relacionada con los modelos púnicos (tipo C de Maña)⁴⁹, pudiera ser muy bien de origen norteafricano⁵⁰. Los primeros ejemplares que se conocen se fechan en época republicana y, con una lógica evolución, alcanzarán los más tardíos el siglo IV de la Era. Su contenido parece haber sido el «halex», es decir un garum semielaborado y de segunda calidad⁵¹.

Puede describirse como un ánfora de boca destacada, cuerpo cilíndrico terminado en pequeña punta que, más tarde, se convierte en el clásico pivote terminal. Las asas, cortas y semicirculares, apenas si se desprenden, por unos centímetros de la parte alta del cuerpo, característica que le imprime un sello inconfundible⁵² y que veremos repetirse en el modelo Almagro 53, última evolución del tipo (siglo IV).

Quizás también contuvieron salazones las formas 21 y 22 de Dressel⁵³. Son ánforas prácticamente sin cuello, de panzas cilíndricas

⁴³ F. Benoit, *Gallia*, XX, p. 154, fig. 15: isla de Planier; *idem.*, *Gallia*, XIV, pp. 23-24, fig. 2, núms. 19 y 20: naufragio de Antheor; Pascual Guasch, *Cris*, 1963, p. 6, fig. 4: Precio de las Negres, Sa Tuna.

⁴⁴ J. Jauregui, *AEspA*, 21, 1948, p. 38 y ss.; E. Cuadrado Díaz, *Not. Arqu. Hisp.*, 1952, p. 145 y ss.

⁴⁵ M. Beltrán, *op. cit.*, p. 456 y ss.

⁴⁶ Pecio Gandolfo, Guardias Viejas, etc.

⁴⁹ J. Maña, *op. cit.*

⁵⁰ M. Beltrán, *op. cit.*, p. 504 y ss.

⁵¹ *C.I.L.*, XV, 4730.

⁵² F. Benoit, *Gallia*, XX, pp. 159-161, fig. 28; *idem.*, *Gallia*, XVIII, p. 292, f. 9 y p. 292, núm. 21; *idem.*, *Rev. Etud. Ancien.*, 1961.

⁵³ M. Beltrán, *op. cit.*, p. 510 y ss.

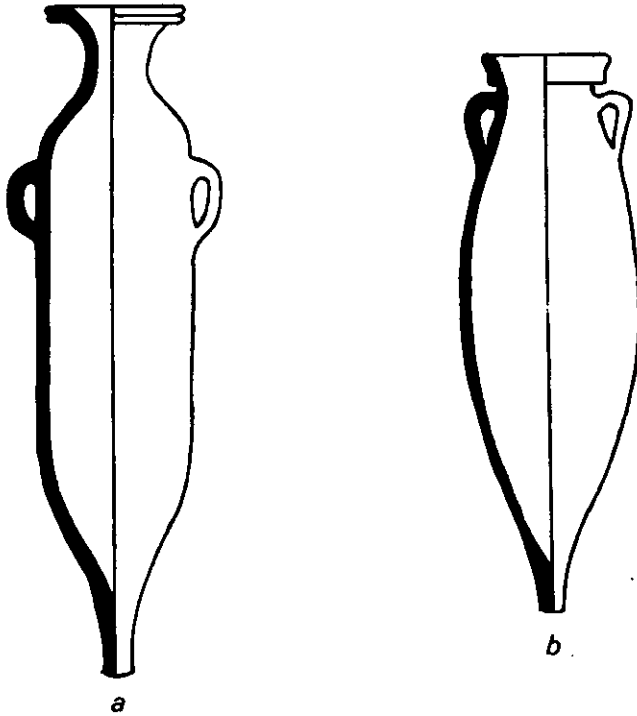


FIG. 12.—Anforas del Museo de Alicante (G. Serrano).

y asas redondeadas (fig. 12b). Se han supuesto, en algunas ocasiones, envases de frutas (en especial manzanas), ya que la interpretación de las inscripciones que en ellas aparecen son dispares y no del todo convincentes.

En cuanto al tipo Almagro 50 (fig. 13a), se trata de un ánfora de panza alargada que se ensancha hacia su parte inferior, mostrando, a veces, un ligero entalle en su centro. El cuello es muy corto y bajo, y las asas se unen directamente al labio. Este modelo presente en Ampurias, parece estar en relación con las conservas catalanas de época tardía a las que aludíamos en un principio. Han aparecido también en aguas mediterráneas y son fechables en los siglos III y IV de la Era ⁵⁴.

Queda por último, citar otro tipo, compañero del anterior, hallado en las costas italianas y en el puerto francés de Fos-sur-Mer, conteniendo espinas de pescado y que en España es muy frecuente en las necrópolis de Ampurias y Tarragona (fig. 13c). Almagro las considera

⁵⁴ F. Benoit, *Gallia*, XX, p. 161, fig. 26.

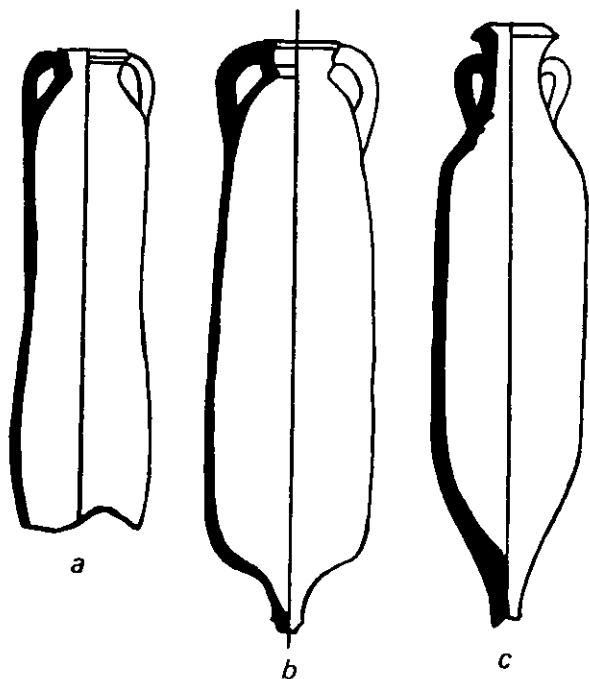


FIG. 13.—a) Anfora de la isla Planier (Benoit); b) Anfora de Ampurias (P. Guasch); c) Anfora de Tarragona (idem.).

variantes de la forma Dressel 27 y las fecha a partir del siglo III d. C. Son ánforas de panza cilíndrica, cuello troncocónico, boca con reborde y dos asas de sección plana y acodadas en ángulo⁵⁵.

Hemos visto hasta aquí, los tipos anfóricos más representativos y claros, en los cuales llegaron a todo el mundo romano nuestras preciadas conservas, famosas no sólo como sabroso condimento gastronómico⁵⁶, sino también por sus cualidades vitamínicas⁵⁷.

Familiarizarnos con ellos ayudará a ir haciendo una selección de tipos clave que sirvan de hilo conductor dentro de la abrumadora variedad con que tropezamos. Aún hay mucho por hacer y cabe esperar, aunque parezca utópico, que surja una nueva tabla de clasificación, sintética y manejable, que con una nueva visión llegue a ser tan efectiva como lo ha sido la de Dressel.

Encaminados a este fin, a nosotros nos toca ir perfilando los tipos salidos de nuestros alfares al ritmo que nuestros productos se abrían

⁵⁵ V. Pascual Guasch, *Cris*, núm. 52, 1962, p. 7, fig. 6.

⁵⁶ Marcial, XIII, 40.

⁵⁷ Galeno, *De alim. ent. fac.*, 3, 30, 4.

paso firme en el mercado romano. Recordemos, entre otras y para terminar, las palabras de Strabón⁵⁸: «De Turdetania se exporta trigo, mucho vino y aceite, éste, además, no sólo en cantidad, sino en calidad insuperable. Expórtase también cera, miel, pez, mucha cochinilla y minio mejor que el de la tierra sinópica».

Madrid, 1973

⁵⁸ Strabón, 3, 2, 6.

